EL BANCO.

Aquí estoy nuevamente, sentado, apático en el mismo banco de siempre; esta vez solo, sin ti, sin nadie amado.

Demasiados recuerdos me traes, banco; todo son engaños tapados por cortinas de humo; aún así, aquí estoy sentado, añorando…

¡Ingenuo de mí! Solo y engañado… Tus disculpas son casi tan dañinas como tus culpas. Cada vez que hablas me empeoras.

No creas que lloraré por ti; no vale la pena. El fuego incandescente de lo que sentí por ti, no lo pagan cuatro lágrimas desaliñadas. Es mejor que me consuma solo y únicamente dejar cenizas por si algún día, cual Fénix, revivo.

Me voy apático, triste y desengañado, pero volveré al solitario banco. Regresaré expectante de amor. Cuando esto ocurra, tú no estarás sentada a mi lado. Será otra la que avive de nuevo las cenizas del fuego amado.

Daniel Álvarez Campos. ESO 3°B